



1<sup>pta</sup>

# ANNE CHRISTIE

GRETA GARBO

EDICIONES BISTAGNE

144

ANNE CHRISTIE

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

## ANNE CHRISTIE

Bellísimo asunto sentimental

Dirigido por CLARENCE BROWN

Producción de la famosa marca

Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuida por

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorea, 220

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

## REPARTO

<i>Anne</i> . . . . .	GRETA GARBO
<i>Matt</i> . . . . .	Charles Bickford
<i>Christie</i> . . . . .	Georges F. Marion
<i>Marthy</i> . . . . .	Marie Dressler
<i>Johnny</i> . . . . .	James T. Mack
<i>Larry</i> . . . . .	Lee Phelps

# ANNE CHRISTIE

---

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

---

### I

Un amanecer hermoso. Por las exiguas ventanas de la casucha flotante se filtraban nieblas imprecisas, pero densas como una masa que moldearan manos invisibles, dando formas absurdas a los jirones y llevándolos de un lado a otro del recinto.

La niebla fué haciéndose poco a poco más tenue y ligera y algo que pretendía ser un rayo de sol, puso una mancha incierta enfrente de la ventana.

Consistía la estancia en un cuadrado de unos cuatro metros de lado en cuyo centro había una me-

sa de comedor—cuando menos este uso se le daba—que ahora aparecía ocupada por vasos y botellas.

En el fondo estaba la cocina, no más grande que la mesa, y, esparcidas por la estancia, algunas banquetas, un cajón alargado con pretensiones de *chaise-longue* y un sillón desvencijado, que crujía a cada vaivén de la barcaza.

Este sillón estaba ocupado por una mujer cuya edad la hacía acreedora al calificativo de respetable.

Era corpulenta y fuerte y po-

señal unos magníficos pulmones, a juzgar por el ímpetu con que soplabá, en su sueño un tanto intranquilo.

Las greñas grises caían desordenadamente sobre su frente arrugada e iba vestida con una negligencia que nada tenía que ver con la elegancia descuidada de las damas realmente distinguidas.

Era Morthy, mujer que había pasado en el puerto lo mejor de su vida, y que estaba pasando también lo peor.

Palmo a palmo conocía el suelo inseguro y vacilante de la laberintica ciudad flotante que era el puerto. Todos los marineros la trataban con sospechosa confianza, hablándole de tú y gastándole bromas en las que la grosería se mezclaba al realismo más descarnado.

La barcaza en que ahora estaba era la del viejo Christie, dedicada al transporte de carbón.

Marthy rebulló en el crujiente sillón que ocupaba junto a la mesa, bostezó, abrió los ojos y cogió la botella de whisky con un gesto de alegría y pulso inseguro.

Llenó un vasito y lo vació en su estómago de un trago.

Al ver que ya era de día lanzó una exclamación de sorpresa y se levantó con ánimo de apagar la lámpara de aceite que colgaba en uno de los testers del recinto, pero en seguida se dió cuenta de que, para cruzar la estancia, su estado la obligaba a adoptar grandes precauciones.

Esto le produjo profunda extrañeza. ¿Sería posible que después de haber pasado la noche entera durmiendo no se le hubiese ni siquiera aliviado la borrachera?

Se echó a reír estúpida y ruidosamente, calificándose a sí misma de campeona de la embriaguez y se dirigió hacia la lámpara de aceite cogiéndose a todo lo que encontraba a su alcance.

Tardó un buen rato en llegar a la pared, pero logró al fin apagar la lámpara. Entonces se le presentó otro problema inesperado: el hipo.

Era frecuente en ella aquel hipo al despertar después de una noche de libaciones continuas. Entre estas convulsiones respiratorias y el

estado de embriaguez, le parecía una empresa titánica el volver al lado de la mesa para sentarse.

Pero Marthy era en el fondo una heroína y consiguió ocupar nuevamente su sillón.

El puerto despertaba también de su letargo nocturno y comenzaban a oírse ruidos de cadenas y de camiones, voces de marineros, chirriar de grúas.

Y entre todos estos ruidos ponía una especie de contracanto el hipo de Marthy.

Por la puertecilla que comunicaba con el dormitorio apareció el viejo Christie, dueño de aquello que él llamaba palacio flotante.

No era el tipo rudo del lobo de mar. En su feo rostro había una expresión que pregonaba pobreza de espíritu y agotamiento de energías. A su cuerpo rechoncho habrían sentado muy bien los hábitos del fraile.

En su paso había también una inseguridad que denotaba una colaboración con Marthy en el consumo de las botellas de whisky que se veían sobre la mesa.

Se detuvo un momento en el

estrecho umbral y, al advertir que a Marthy le había dado el hipo, avanzó tan lenta y silenciosamente como su estado le permitía y golpeó fuertemente la espalda de la mujer al mismo tiempo que lanzaba un grito.

Marthy se llevó un susto tremendo y al ver que era Christie el autor de la broma miró a su alrededor como buscando algo para tirárselo a la cabeza, al mismo tiempo que por aquella boca salían una serie de palabras que no figuraban en ningún diccionario.

—¡Qué ingrata eres, Marthy!— exclamó el viejo Christie condolido—. Te quito el hipo y en vez de darme las gracias me insultas.

Por toda respuesta, Marthy hipo tan violentamente que su cuerpo sufrió una sacudida.

—¡Si todos tus remedios son así!...

—Conozco otro. Bebe siete sorbos de agua sin respirar.

Marthy, horrorizada, dió un salto.

—¡Agua!! Eres un monstruo, Christie, un envenenador de mujeres.

—Quien dice agua, dice whisky.

—Eso es otra cosa.

Y se dispuso a obedecer.

Pero todas las botellas estaban vacías.

—¿De dónde voy a sacar el whisky si te lo has bebido todo?

Entonces Christie sacó una botella del bolsillo y escanció todo su contenido en un vaso.

Total, dos dedos escasos de líquido.

Marthy comenzó a dar los sorbos y se encontró con que al segundo se había terminado la medicina.

Depositó furiosamente el vaso en la mesa, dando un tremendo y furioso golpe.

—Con una cantidad así de whisky no se le quita el hipo ni siquiera a un mosquito.

—No tengo más.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

—Pues muy sencillo: ir a casa de Johnny por más.

—¡Oh! ¡Qué talento tienes, Christie! ¿Cómo se te ha podido ocurrir esa idea tan genial?

—Ya sabes, Marthy, que no puedo verte sufrir.

Al oír estas palabras cariñosas, Marthy tuvo un gesto de niña vergonzosa.

—¡Oh, Christie! Creo que la felicidad ha vuelto a nuestros corazones.

—Sin duda, Marthy. Ahora te darás cuenta de la diferencia que hay entre toda esta gentuza del puerto y yo.

—Siempre te he considerado mejor que los demás, y si reñimos el año pasado fué por culpa tuya.

—¿Por culpa mía y estuviste una semana sin aparecer por casa?

—Es lo menos que podía hacer después del comportamiento que llevabas conmigo. La semana anterior me habías tirado dos veces al agua.

—¿Y por qué? Tú sólo dices lo que te conviene.

—Porque eres un bruto: eso es todo.

—Bueno, bueno. A ver si vamos a reñir a las doce horas de hacer

no las paces. Vamos a comer a casa de Johnny y allí se te quitará el hipo.

—¡Pero si ya no tengo hipo, Christie!—exclamó Marthy alegremente.

—Mejor. En este caso el whisky impedirá que vuelvas a sufrirlo. Oírá a modo de vacuna.

Marthy se arrojó en brazos de su amor.

—¡Qué bueno eres, Christie!

Estoy tan emocionada que lloraría.

Más que abrazo fué aquello un número de baile, pues los dos maduros cuerpos no estaban en condiciones de contrarrestar los vaivenes de la barcaza e iban de un lado a otro como si tiraran de ellos manos invisibles.

Por fin, comenzaron a arreglarse para salir a la luz del nuevo día.

## II

Ir a casa de Johnny hubiera sido para cualquiera tarea muy fácil, pues desde la barcaza allí no había más de cien metros.

Pero para aquellos dos depositos vivientes de alcohol fué empresa tan peliaguda como escalar la cumbre del Himalaya.

Primeramente tuvo Marthy que ponerse el sombrero, un sombrero que llevaba por adorno una tórtola a punto de emprender el vuelo, y el pájaro parecía empeñado en no colocarse donde le correspondía, es decir, sobre la oreja izquierda de Marthy. Por fin, y después de darle más de veinte vueltas al sombrero, Marthy se resignó a lle-

var el pajarraco sobre la nuca.

La tarea de ponerse el abrigo fué mucho más complicada todavía. Marthy encontró una manga, pero ¿dónde estaba la otra?

—Me has robado una manga, Christie—dijo después de haber introducido el brazo por todos los boquetes del forro y por todos los bolallos de la prenda.

De pronto exclamó Christie:

—¡Calla! ¡No te muevas! La veo colgando.

Y se abalanzó sobre la manga como si temiera que echara a volar. Encontrado también el agujero, Marthy introdujo el brazo con grandes fatigas y, acto seguido,

dió a Christie la orden de marcha, orden que consistió en un empujón que hizo salir al marino como un torpedo por la puerta y caer en la cubierta como caz el nadador en el agua.

Christie, por venganza, le echó mano a una pierna cuando Marthy pasó por su lado, pero ella logró escapar y ganó el pontón antes de que Christie pudiera alcanzarla.

Sobre la plancha siguieron las bromas y no se dieron un baño por milagro.

Se encontraron por fin en el muelle. Reinaba una densa niebla que hacía el tránsito muy difícil y, por esta causa, aunque era ya pleno día, no se había apagado el alumbrado.

Los claxons de los camiones, unidos a los mil ruidos del puerto, formaban una algarabía infernal que denotaba el intenso tráfico de aquel puerto, uno de los más importantes del mundo.

Llegaron a la casa de Johnny. Era una especie de bar-restaurante que hacía esquina frente a los tinglados.

Había una puerta central, con cristales, y unos pasos más allá, en el callejón, una puertecilla de madera sobre la que se leía: Entrada para las damas."

Se separaron para entrar cada uno por la puerta que le correspondía.

Christie se fué derechamente al mostrador y allí encontró a un amigo de la infancia y compañero de libaciones. Le invitó el amigo. Aceptó Christie y después fué él quien invitó al camarada.

Entretanto, esperaba Marthy a la "puerta para las damas". Siempre que iban juntos a aquella taberna, lo primero que hacía Christie al entrar era abrir la puerta a Marthy. Pero esta vez el encuentro con su íntimo amigo le había hecho olvidar que afuera estaba Marthy, envuelta en la fría niebla de la mañana y con un enorme deseo de aumentar las nieblas de su cerebro con una cantidad de bebida prudencial... teniendo en cuenta que "prudencial", cuando se trataba de bebida, quería decir para Marthy la cantidad de líquido justa para que le llenara el cuerpo

sin derramársele por las narices.

Con una de esas ocurrencias inexplicables que tienen los borrachos, a Christie le dió por cantar una dulce melodía que había aprendido de un italiano que tenía una barcaza parecida a la suya.

Y como poseía una horrible voz aguardentosa y cantaba por todo lo alto, no se oían los golpes que daba a la puerta la desesperada Marthy.

Cuando terminó de cantar se oyó el estrépito que la clienta producía en la puertecilla de madera y Christie recordó entonces que no había ido solo al bar-restaurant.

—¡Pobre Marthy! — exclamó dirigiéndose a su amigo y llevándose las manos a la cabeza—. Me había olvidado de ella. ¡Buena se va a poner!

Y como en este momento se oyó un terrible rugido de Marthy, rectificó:

—Es decir: buena se ha puesto ya.

Fué a abrir.

Marthy estaba descompuesta. Le dirigió palabras más duras que el mármol y sólo Dios sabe lo que

habría sido de Christie si no echaba a correr en dirección al "salón para caballeros", dejando a Marthy en el de damas.

—Larry, ve a ver qué quiere tomar mi dulce Marthy—dijo al camarero, y desde el mostrador oyó Christie como Marthy pedía con voz de trueno:

—¡Cerveza!

Cuando el camarero volvió, ya estaba Christie saboreando la tercera copa de whisky y cantando la canción que había aprendido de su colega italiano.

Larry llenó de cerveza una copa donde bien cabría medio litro y, una vez se la hubo servido a Marthy, volvió al lado del mostrador. Exclamó de pronto:

—¡Oh, Christie! Ya no me acordaba. Se ha recibido una carta para ti.

Se la entregó al mismo tiempo que decía:

—Es de San Pablo de Minnesota.

—¿De San Pablo? Entonces es de mi hija Anne, que vive allí.

Desgarró el sobre, extrajo el pliego, pero en vano trató de leer.

La carta iba de un lado a otro y de arriba abajo como si en vez de estar en las manos de Christie, colgara de una goma.

Por tres veces empezó:

"Querido padre"...

Pero de ahí no pasaba.

Por fin confesó su impotencia.

—No puedo leer estando de pie, Larry. Lo mejor es que me sirvas el whisky ahí dentro, en la mesa de Marthy.

—¿El whisky? ¿Pero si te lo has bebido ya!

—¿Bueno, hombre! Sirveme otro. ¿No se puede beber dos whiskys un hombre?

—¿Dos? ¿Dónde aprendiste a contar así?

—No seas tonto, Larry. Sirveme más whisky. Te aseguro que no te pesará.

—A quien te va a pesar es a ti que cualquier día saldrás de aquí camino del cementerio.

Pero le sirvió otro whisky. Después de todo, aquello iba en beneficio de la casa.

Una vez sentado, Christie logró leer la carta, que por cierto era muy breve, y se enteró de algo

que le impresionó profundamente.

—¡Oh, Marthy!—exclamó alegremente—. ¡Mi hija Anne va a venir!

Y, para celebrar su llegada, vació de un trago la copa de whisky.

A Marthy, en cambio, no le hizo gracia ninguna la noticia.

—¿No te alegras, Marthy?... Comprendo. Tú no sabes lo que es una hija.

Comenzó a llamar a Larry con gritos desaforados.

—¡Larry, Larry! ¡Ven! ¡Date prisa!

—¿Qué sucede?—preguntó el camarero irrumpiendo en el departamento para las damas.

—¡Que mi hija me anuncia su llegada! Deja San Pablo de Minnesota y se viene a vivir conmigo. ¡Trácame más whisky! ¡Esto hay que celebrarlo! ¿Tú lo quieres celebrar también, Marthy?

—Sí; trácame otra copa de cerveza. ¿No las tenéis mayores?

—No, Marthy. Lo que sigue a esa copa en tamaño, ya no es copa sino tonel.

Fuera por el whisky o fuera por que en realidad la noticia le había

impresionado, es lo cierto que Christie tenía los ojos empañados por las lágrimas.

—¡Oh, mi pequeña Anne!—dijo besando la carta—. ¡Cómo se avergüenza este viejo borracho sólo de pronunciar tu nombre!

Él, indiferente al mal humor que la noticia había producido a Marthy, exclamó:

—¡Pobrecita mía! No la he visto desde que tenía cinco años y ahora debe de tener veinte. Era preferible que viviera en el campo, con sus tíos, a que estuviera al lado de un viejo perdido como yo.

—Menos mal que lo reconoces.

—¡Vaya si lo reconozco! Anne es pura como la nieve, cándida como los ángeles del cielo. Mis labios empapados de whisky la manchan sólo al pronunciar su nombre. Una cosa es el amor al whisky y otra el amor de padre. Te aseguro, Marthy, que esto no hay nada ni nadie que lo pueda borrar. Uno puede olvidarlo todo, pero jamás a un hijo. Uno puede mancharlo todo, pero jamás a un hijo.

—¡Bueno, hombre! No te pon-

gas así. ¿Es que vas a echarte a llorar como un niño? Si te miraras a mi espejo cuando te pones sentimental, te aseguro que renunciarías al sentimentalismo para toda la vida.

Y comenzó a llamar a Larry.

—¿Pero qué escándalo es ese?—preguntó el mozo entrando.

—¡Que me has traído la copa vacía!

—¡Vacía? ¡Pero si no podía andar de prisa por miedo a que se derramara!

—¡Bueno, hombre, bueno!—intervino Christie—. No es cosa de que os pongáis ahora a discutir. Te llevas la copa, la traes llena, y listos. Mira; de paso llena también la mía.

Y añadió dirigiéndose a Marthy:

—Para que te des cuenta de lo que es una hija, Marthy, te diré que haría por ella lo que no haría por mi propia vida: dejar de beber.

—Ya se ve... Pero, dime: ¿tiene novio tu hija?

—Nada de eso, Marthy—repu-

so Christie poniéndose serio—. Ya te he dicho que es una criatura toda pureza y candidez. ¡Qué sabe ella de novios!

—¿Pues lo que es cuando esté contigo!... ¡Buenos son los marineros! Alguno le robará el corazón... Para casarse con ella como Dios manda, por supuesto.

—¿Un marinero? Jamás. No lo consentiré.

—¿Qué tienes que decir de los marineros? Todos no son tan sinvergüenzas como tú.

—Un marinero es siempre un hombre por los cuatro costados, Marthy. De eso no cabe duda. Pero los marineros no sirven para maridos. Y, si no, que se lo pregunten a la madre de mi hija... ¿Pero por qué pones esa cara? ¿Te ha disgustado la noticia?

Marthy se echó a reír.

—¿Disgustarme? ¿Por qué? ¿Porque tendré que trasladarme de casa antes de que llegue tu hija? Eso no puede apenar a ninguna mujer que tiene por compañero un hombre como tú y por vivienda una miserable balsa como la tu-

ya... Ahora mismo voy a empaquetar las cosas y a abandonar para siempre tu trasatlántico. Tú quedarás libre de mí y yo me libraré de ti. No hemos firmado ningún compromiso. No eres tú el único marinero que hay en el puerto ni la tuya la única barcaza.

Se había puesto en pie y hablaba con gesto altivo. Larry, que acababa de entrar, contemplaba estupefacto la dramática escena.

—Me sabe mal que te vayas así, Marthy—dijo Christie—. Para mí serás siempre una amiga inolvidable.

—¿Pero si para separarse no hace falta reñir! Quedaremos amigos. Y, para que te convenzas, convidame a otra copa de cerveza y beberemos a la salud de Anne.

A Christie le pareció excelente la idea y en seguida transmitió a Larry la orden.

Bebieron amistosamente.

—¿Pero cuándo llega tu hija?

—Dice que hoy, pero no precisa la hora.

—Pues puede llegar de un momento a otro. Sería conveniente

que fueras a la barcaza a preparar mis cosas y un poco de comida por si se presenta Anne de improviso.

—Has tenido una gran idea, Marthy. Espérame aquí. No tar-

daré en volver ni siquiera media hora.

Y se fué. Andaba con paso más seguro. La emoción había ejercido sobre su estado una influencia bienhechora.

media

más  
erci-  
ncia

## III

Pensando estaba Marthy en cómo podría otra copa de cerveza de modo que Larry no se la negara, cuando se abrió la puertecilla que ella no había cerrado al entrar y apareció en el umbral una joven con un maletín en la mano.

Extraña e impresionante belleza la de aquella muchacha. Una tez blanca, sobre la que destacaba el rosa pálido de unos labios finos. En su mirada, clara y fría, había una fuerza maravillosa que turbaba al que osara cruzar la vista con ella. Y en los ojos y en los labios, en el semblante entero, había una expresión de amargura infinita; recóndita y callada.

Entró en el "salón para damas" y ocupó una mesa cercana a la de Marthy.

Fidió whisky cuando Larry fué a servirla y después apoyó el codo en la mesa y la frente sobre la mano.

Permaneció un buen rato en silencio y sólo se movió para vaciar de un sorbo la copa de whisky que Larry le había servido.

A Marthy la borrachera no le quitaba la curiosidad. Por eso preguntó a la joven:

—¿Está usted enferma?

La muchacha levantó la cabeza, miró a Marthy con expresión indiferente y contestó:

—No. Es que he pasado día y medio en un mal vagón y estoy muy cansada. Creí que no llegaba nunca.

El hecho de que aquella muchacha hubiera pasado día y medio en un vagón pareció interesar mucho a Marthy.

—¿De modo que viene usted de viaje?

—Sí.

—¿De muy lejos?

—De San Pablo de Minnesota.

Esto interesó mucho más vivamente aún a Marthy.

—Se ve que no ha tenido usted un viaje feliz.

—¿Lo dice usted por mi aspecto?

—Sí. Está usted muy pálida.

—De eso no tiene el viaje toda la culpa. Acababa de salir del hospital cuando tomé el tren.

Vo'vió a sumirse en sus pensamientos, sin duda angustiosos, y Marthy hizo también importantes reflexiones.

Aquella joven debía de ser Anne, la hija de Christie, y si lo era, el viejo iba a recibir una sorpresa mayúscula. Las muchachas puras

e inocentes no se beben de un trago una copa de whisky, y estar en el campo, respirando el aire de las montañas, no es estar en el hospital respirando los hedores de los medicamentos.

—Voy a pedir otro whisky—dijo de pronto la joven—. ¿Quiere usted beber conmigo?

—Con mucho gusto—contestó Marthy inmediatamente.

Y, tomando más de lo que se le ofrecía, pasó al velador que ocupaba la viajera.

—Como no me gusta mezclar bebidas, tomaré otra cerveza.

Después de pedir a Larry renovar el servicio, la joven extrajo de su bolso un paquete de cigarrillos fuertes y preguntó:

—¿Se puede fumar aquí?

—¡Ya lo creo! Aquí se puede hacer todo menos marcharse sin pagar.

Encendió la muchacha un cigarrillo y aspiró el humo profundamente echándolo después por la nariz.

—No comprendo cómo puede usted tragarse sin toser el humo de ese tabaco tan fuerte.

—Más fuerte es el whisky. Todo consiste en acostumbrarse. Los marineros no fuman otra clase de tabaco y la que anda con ellos ha de fumarlo también, a falta de otra cosa mejor.

¿Sería aquella realmente la muchacha pura y cándida de que le había hablado el viejo Christie? Así parecía, pero Marthy se resistía a creerlo. Indagó.

—¿Ha venido usted de paso?

—No. A quedarme aquí para siempre. Aquí está mi padre y le he decidido vivir con él. Es decir, si él me acepta a su lado. No le he visto desde que era una niña y, del mismo modo que entonces se deshizo de mí, podría deshacerse ahora. No, no espero nada de él...

Una sonrisa empapada de amargura y añadió:

—¡Son tan malos los hombres! Cuando les molesta una le dan un puntapié y se acabó. Me sé el cuento de memoria.

—Sí, pero un padre es distinto.

—Algún padre, tal vez. Todos, no. Y el mío creo que es uno de éstos. ¿No le he dicho que me abandonó cuando tenía cinco años?

El whisky comenzaba a hacer su efecto en la viajera que, como consecuencia, se sentía cada vez más inclinada a revelar sus más íntimos secretos.

—¿Usted visita el puerto con frecuencia?

—Sí. Hago la vida en él. Apenas saigo de aquí.

—Entonces conocerá a muchos marineros.

—Sí, a muchos.

—Y seguramente conocerá a mi padre...

—Seguramente.

—Christie es mi apellido. ¿Conoce usted algún marinero que se llame así?

—¡Ya lo creo!—exclamó Marthy echándose a reír escandalosamente—. Le conozco tan bien como a los dedos de mi mano.

—¿Y qué tal es?

Marthy quedó un momento pensativa e indecisa. ¿Tendría valor para decir la verdad?

No, no. Y repuso:

—Su padre es un hombre cabal, uno de los pocos hombres cabales que hay en el puerto.

—Me alegro de que haya variado.

—Tiene una barcaza y se dedica a transportar carbón de los muelles a los buques que lo necesitan.

—¿Una barcaza de carbón?

—Sí.

—¡Oh, yo no puedo vivir en una barcaza de carbón! Es muy sucio y ya me he ensuciado bastante en esta vida.

—A su padre le disgustaría oír la hablar así.

—No pienso hablarle de ese modo. ¿Para qué amargarle la existencia como me la ha amargado él a mí?

—Así habla una mujer de corazón—dijo Marthy apurando las gotas de cerveza que quedaban en la copa.

—Decididamente—declaró Anne con amargura—voy a intentar vivir con mi padre en la barcaza carbón. Peor viviría en la hacienda de mis primos, donde me trataban como a un perro y me hacían trabajar bárbaramente.

Absorbió el humo de un nuevo cigarrillo y arrojó el humo lenta-

mente por la nariz y por la boca.

—Mientras mi madre vivió, me nos mal. Pero luego me consideraban como una persona extraña.

Los dedos de la mano con que sujetaba el pitillo se crisparon.

—¿Cree usted que es eso todo? Pues hay mucho más. Una noche estaba yo sola en casa y regresó inopinadamente uno de mis primos... ¡Canalla!... La idea de matar se había agarrado como una zarpa a mi pensamiento. Tuve miedo de mí misma y hui... Comenzó un calvario horrible. Intenté trabajar, pero los hombres me perseguían como fieras. ¿Es que una muchacha no mal parecida y desamparada no tiene derecho a vivir honestamente?

Marthy estaba todo lo enternecida que le permitía su corazón endurecido por la vida del puerto.

Oyó de pronto la voz de Christie en el departamento de hombres y se levantó rápidamente.

—Ahí está tu padre—dijo.

Y le hizo guardar en el bolso los cigarrillos y trasladó la copa de whisky a otra mesa.

—Tu padre cree que eres un an-

gelito del cielo, una muchacha pura e inocente que no conoce las crudezas de la ciudad. Vaya, adiós. Siempre tendrás en mí una buena amiga.

Le acarició la barbilla y ralió dando traspiés.

Cogió a Christie por los hombros.

—Ahí la tienes—le dijo.

—¿A quién?

—A tu Anne.

—¿De verdad?—exclamó el viejo temblando de emoción.

—Pero a ver cómo la tratas. Necesita muchos cuidados. La pobre está muy delicada. Ha tenido una enfermedad tremenda. Tifus, pulmonía o algo así. Entretenía un poco mientras yo voy a la bar-

caza a retirar mi equipaje. Ella no debe saber nada de lo nuestro. Sería un mal ejemplo.

—¡Oh, Marthy! Gracias por ser tan comprensiva en estos momentos.

—Pero no creas que lo mereces. Mientras tú te gastabas aquí en whisky todo el dinero que ganabas, ella, la pobre, luchaba con la muerte en un hospital. Eso es vergonzoso para un padre.

—¡Oh, mi pobre Anne! Ardo en deseos de verla y me falta el valor para cruzar ese umbral. Me tiemblan las piernas. Siento una angustia muy honda.

Y, paso a paso, se dirigía hacia el "departamento para las damas".

## IV

Se detuvo en el umbral. Tenía ante sí a una mujer que estaba muy lejos de ser la niña angelical que había imaginado.

En aquellos ojos, en la sonrisa de aquella boca había un envejecimiento prematuro.

Era hermosa, sí, pero con una belleza pálida y triste, de mujer que conoce los secretos y las crueldades de la lucha por la vida.

Sólo de verla sintió una pena muy honda. Sin duda, como había dicho Marthy era él el culpable de aquello. Por eso le tendió los brazos con un gesto que era una súplica de cariño y de perdón.

Ella se dejó abrazar.

—¡Anne, Anne querida! ¿Eres tú de veras? Me cuesta creer que tengo a mi hija entre los brazos.

La hizo sentar y ocupó él una banqueta a su lado. Bebieron unos refrescos.

—Parece como si no pudieras tenerte en pie. ¿Estás enferma?

—He estado a la muerte. He pasado dos meses en un hospital. Además estoy rendida del viaje.

—¡Oh, Anne! ¡Niña mía! ¿Qué arrepentido estoy de lo que he hecho?

—Me ha costado mucho encontrar este lugar. ¡Es tan grande Nueva York!... Estoy aturdida. Creo que tardaré mucho en acos-

tumbrarme a esta agitación infernal.

—¿De verdad has estado muy enferma?

—He escapado de la muerte por milagro. Por eso he venido aquí. Estoy muy débil. Necesito algún reposo. Si te parece, me quedare una temporada a tu lado y volveré al trabajo después.

—Nada de trabajo, Anne. Te quedarás a mi lado para siempre. Yo también te necesito. Soy viejo y no tengo en el mundo a nadie más que a ti. Ahora me doy cuenta de mi feroz egoísmo al abandonarte. Me horroriza el pensar que estabas en un hospital mientras yo gastaba mi dinero y mi salud alegremente.

—Eso ya ha pasado. No pensemos más en cosas tristes.

—Es verdad. Las cosas han

cambiado mucho y han de cambiar más todavía. Verás qué bien vivimos en mi barcaza. Sol, mar, aire puro. Estoy seguro de que ha de sentarte muy bien esta nueva vida.

El cambio que se había operado en el alma del viejo Christie repercutía en el corazón de Anne.

Aquellas palabras dulces y afectuosas sonaban en sus oídos como una música nueva. Estaba acostumbrada a ser tratada por todos de modo muy distinto.

Ella sólo conocía la embriaguez del alcohol y del tabaco, placeres falsos que dejan después el alma sumida en tinieblas.

Ahora, el goce de sentirse apreciada y amada con puro afecto de padre, era mucho más delicado, suave e íntimo, algo que inundó su alma de una belleza que no había gustado jamás.

\*\*\*

Al día siguiente, un mundo nuevo comenzó a desfilarse a los asombrados ojos de Anne.

Cruzó puentes enormes, de una grandeza imponente, que terminaban en la isla de los rascacielos.

Sentía pasar los ferrocarriles por debajo de sus pies, y más abajo aun, por el río, buques enormes y barcas de todos los tamaños.

Las sirenas no cesaban de lanzar sus graves gemidos y los autos que se deslizaban por la parte alta del puente, entre el gentío que discurría por las férreas aceras, sumaban a la algarabía su concierto de bocinas y de claxons.

Aquel puente era algo formidable que Anne no hubiera creído pudiera existir. Mirando hacia abajo, se veían los trasatlánticos

como barquichuelos y las barcas como insectos marinos. Mirando hacia arriba se veía a ambos lados una especie de gigantesca tela de araña.

Se sintió pequeña e insignificante en aquel mundo atronador donde todo era enorme y donde se andaba siempre entre torrentes de seres humanos.

Y ello la consoló, pues así se sentía aislada. Nadie se conocía en aquel hormiguero hirviente. A nadie le importaba ella ni sus intimos secretos. Podría transformarse sin que nadie le echara en cara su pasado.

La barcaza de carbón fué desde entonces un verdadero hogar. Sólo una botella de bebida había en

la vivienda flotante y esa estaba encerrada en un armario.

Las mismas tentaciones que experimentaba el viejo Christie acerca de aquel frasco las sentía Anne, pero los dos sabían contenerse.

Anne pasaba grandes ratos respirando con deleite el aire puro del mar.

Y aquel ambiente y aquella paz habían producido en su organismo un efecto inmediato.

El rosa de sus labios habíase encendido con un matiz de vida y en sus mejillas iba apareciendo un rojo muy tenue y delicado.

El viejo Christie comenzaba a conocer las delicias de las comidas sanas, calientes, caseras, pues Anne tenía manos de oro para la cocina, única cosa buena que había aprendido en San Pablo de Minnesota.

Todo estaba limpio gracias a los cuidados de Anne y ahora era agradable la estancia en aquella barcaza donde antes se respiraba un insoportable olor a whisky y a brea.

Una nueva vida se había abierto a los ojos de aquellos dos seres antes hundidos en las tinieblas del vicio y de la degradación y ahora vueltos a la luz del mundo.

Anne trabajaba infatigablemente. Los trabajos más duros le parecían sencillos y se decía que pesaba más el escarnio público que el ancla de la barcaza.

Pese a nada bajaba de la embarcación. La tierra firme no tenía para ella ningún atractivo. Antes bien, le recordaba que allí, sobre el suelo inmóvil de la ciudad y del campo había sido su alma víctima de inolvidables abyecciones y le inspiraba un horror profundo.

Christie reventaba de felicidad al ver a su hija alegre y repuesta de sus males. Pero el principal motivo de su alegría era el saber que le había perdonado y había olvidado el mal que le hiciera, mal cuyo alcance no conocía aún el viejo Christie.

Y he aquí cómo la sucia y repulicada barcaza se convirtió en nave de la felicidad y de redención.

## V

El viejo Christie decidió cambiar de sitio y la barcaza fué remolcada a lo largo de la costa de Nueva Inglaterra.

Su negocio no se limitaba sólo al puerto donde Marthy tenía su campo de acción.

Anne estaba hecha un verdadero lobo de mar. No se mareaba a pesar de que la base plana de la barcaza le imprimía un vaivén violentísimo que sólo los viejos marinos podrían soportar a pie firme. Y como si el mar quisiera probar hasta dónde llegaba su resistencia, una noche, durante el viaje, sometió a la barcaza a una terrible experiencia.

Sordos rugidos, líquidas montañas de espumosas crestas, viento y sombras por doquier. Las olas hacían dar a la barcaza saltos inverosímiles y sus dos tripulantes iban de un lado a otro como muñecos impotentes.

De pronto, se dió cuenta Anne de que su padre no estaba con ella. ¿Se habría caído al mar? ¿Habría querido salir y pagado cara su imprudencia? Aunque era el primer temporal que campeaba, la lógica decía a Anne que salir a la cubierta en aquellos momentos equivalía a una muerte segura. Estando encerrada en el camarote las paredes la retenían al ir de un lado a

otro como un papel a merced del viento. Pero estando fuera nada cerraría el paso a su cuerpo cuando fuera empajada y arrollada por las furiosas olas. Y una vez en el mar, perdida entre las rugientes y negras aguas, no podía haber esperanza ninguna de salvación.

Sin embargo, no vaciló en ponerse al impermeable y las botas de marino y salir a cubierta en busca de su padre.

Le vió en seguida en la popa luchando con el timón para dominarlo, lucha vana, pues lo primero que tenía que hacer era dominar su cuerpo y no lo conseguía.

—¡Cógete bien!—gritó Anne— ¡Allá voy!

El viejo Christie hizo un gesto desesperado.

—¡Adentro, Anne! ¡Has hecho una locura!

En efecto, un embate de tormenta la había arrojado contra la ventana a cuyo quicio se asió con toda la fuerza de sus dedos. Pero esta fuerza era irrisoria comparada con la del oleaje y Anne fue fácilmente arrancada de allí y arrojada contra un rollo de cuer-

das. Aprovechando las treguas de los embates, Anne se aseguraba, pero de poco servían aquellas precauciones a sus débiles manos. A cada nueva embestida, Anne había de buscar un nuevo asidero.

Una de las veces se asió a un tonel pero éste estaba mal sujeto a la borda y con él rodó por la cubierta.

El viejo Christie se abalanzó sobre ella dando un grito y, por un momento, los dos estuvieron a merced de la tormenta.

Cuando el viejo Christie soltó el timón lo hizo con el convencimiento de que se jugaba la vida, y con eso no había hecho sino corresponder a Anne que también, al salir a cubierta, sabía que tenía cien probabilidades contra una de salir sana y salva.

El viejo Christie había sido en su juventud un verdadero atleta y ahora hizo un esfuerzo para retroceder a aquella época. Era la vida de Anne lo que estaba en peligro y ello obró como un resorte infalible sobre sus energías.

Sin duda colaboró la suerte en el esfuerzo, pero lo cierto fué que el

marino logró llegar a la puerta del camarote y empujar a Anne al interior.

Coincidió esta entrada con el arribo de la barcaza a un remanso de la costa de Massachusetts y allí se quedaron en espera de que el tiempo mejorara para continuar el viaje.

Ya no se movía la barcaza. Habían recobrado los pies de los tripulantes el dominio de sí mismos y de los cuerpos que soportaban.

Los impermeables de los héroes chorreaban. En el rostro del viejo Christie perduraba un gesto de terror. Anne, en cambio, reía.

—Buen baño nos hemos dado.

—Ha estado a punto de ser un baño eterno.

—Pero Dios nos ha ayudado.

—¿Sabías el peligro que corrías al salir?

—Me lo figuraba.

—No comprendo, entonces, por qué has salido.

—¿Sabías tú el peligro que corrías?

—¡Cómo no he de saberlo! Soy gato viejo en el mar.

—Entonces, ¿por qué has salido?

—Yo tenía una finalidad. Salva la barcaza.

—Era más importante lo que me movió a salir a mí.

—No comprendo que pudieras hacer nada importante sobre la cubierta de una barcaza, a media noche y en pleno temporal.

—Sí. Tu vida estaba en peligro.

El viejo Christie la miró enterrecido.

—¿De veras hubieras sentido que me tragara el mar?

—Naturalmente. ¿No eres mi padre?

—¡Oh, Anne! ¿Cuánto tiempo hace que una persona no me había hablado así!

Anne, por toda respuesta, le hizo sentar en la mesa del comedor y le quitó las botas, que chorreaban. Después hizo lo mismo con el impermeable.

El viejo la miraba dulcemente, amorosamente, con un sentimiento que jamás había experimentado.

—¡Anne! ¡Pequeña mía! ¿Sabes lo que he pensado?

—¿Qué?

—Vender la barcaza para irnos a vivir en tierra firme. Allí gozaremos de una felicidad completa, lejos de los peligros del mar. Tú no puedes comprender lo que esto es para mí.

—Si lo comprendo, padre. A mí me sucede lo mismo. Me parece como si hubiera vivido sumida en una perpetua bruma y, de pronto, hubiese salido a la luz del sol. Yo quiero vivir contigo, padre, pero no quiero abandonar el mar. El me ha devuelto a la vida. Siquiera por gratitud no debo abandonarle.

—Yo también lo amo mucho, Anne. Mis padres y mis abuelos fueron marinos. Llevo el yodo del

mar en la masa de la sangre. Hubiera sentido mucho tener que separarme de él, pero lo decía por ti. Por ti haría los mayores sacrificios, y ya he hecho uno bien grande: no volver a probar el whisky.

—Si llevas tú el amor al mar en la sangre, también yo he de llevarlo ¿no te parece?

—Es verdad. No había caído en ello. Entonces...

—Siga esta hermosa vida frente al aire puro, bajo el sol, con la mar en calma o sobre las olas embravecidas. Siga su curso esta nueva y hermosa vida que ha comenzado para los dos.

## VI

No tuvieron tiempo de acostarse. De pronto, en el silencio de la noche, se oyó un gemido que se prolongó interminablemente en el espacio.

Era un grito de socorro que el viejo Christie conocía muy bien.

—Alguien grita ahí fuera—dijo Anne sobrecogida.

—Sí; alguien que está luchando con la muerte—repuso el viejo Christie al mismo tiempo que se dirigía a la cubierta, seguido de Anne.

Dieron una vuelta entera a la barcaza sin distinguir en medio de las densas sombras el menor indicio de la procedencia de las voces.

Entonces el viejo marino se llevó las manos a la boca en forma de bocina y gritó:

—¡Aeeééh!

Aguzaron el oído y la respuesta no se hizo esperar.

—¡Aeeééh!

—¡Por allí, por allí!—dijo el marinero señalando hacia el Este—. Anne, ve por una luz mientras yo preparo los cables.

Anne desapareció por la puerta de la gran-escotilla y volvió a salir a poco con una linterna en la mano.

—¡Mira, Anne, mira! Ya se distingue allí una sombra.

Anne miró hacia donde su padre

le indicaba y vió que en efecto algo se movía a unos cien metros de la barcaza.

—¡Oh, están ahí mismo! Arroja un cable.

—El brazo de Goliat no lanzaría un cable a la mitad de la distancia a que ahora se encuentran los naufragos. Esperemos. La corriente les empuja hacia aquí.

Así era. Los naufragos se acercaban. Sobre una balsa construida con los restos del barco naufragado iba un hombre de pie, y, a sus pies, había dos o tres acostados.

—Ve a preparar el whisky, Anne. Estoy seguro de que les hace mucha falta.

Mientras Anne iba a preparar el whisky, llegó la pequeña balsa a la barcaza.

—¿Hay alguno muerto?—preguntó el viejo Christie.

—No—repuso el que iba en pie en la balsa—. Los dos que te traigo están sólo desvanecidos. Los encontré en medio del mar luchando a brazo partido con la tormenta cuando ya los creía perdidos. No tuvieron paciencia para esperar conmigo a que la barca estu-

viera construida. Creían que iban a poder encontrar la costa a nado.

—¡Bueno, bueno! Súbelos en seguida. Les tengo la medicina preparada.

Los subieron a los dos a cubierta y mientras entre el hombre de la balsa y el viejo Christie conducían a uno a la cabina, Anne se cuidó del otro.

Salio la joven a la cubierta con un vaso de whisky en la mano y comenzó a buscar en la sombra.

Encontró al naufrago tendido junto a un rollo de cuerdas y con la cabeza debajo de la borda.

Era un mocetón robusto y atlético. A impulsos de su respiración se combaba su pecho poderoso y velludo.

Anne le estuvo un momento contemplando, como extrañada de que aquel hombre hubiera sido más débil que el mar.

De pronto, abrió el naufrago los ojos, trató de incorporarse sin conseguirlo y balbuceó:

—¿Qué cascajo es éste? ¿Quién me ha traído aquí?

Le dió pena a Anne que un hombre tan fuerte no pudiera le-

vantar la cabeza y le pasó el brazo por la nuca.

—Tome. Bébese esto.

—¿Qué es?

—Un poco de whisky.

Se echó al estómago el contenido del vaso de un solo sorbo y exclamó después de sacudir la cabeza:

—¡Maldita veneno! Parece que tenga uñas... Pero, bien mirado, me estaba haciendo tanta falta.

En efecto, había recuperado las fuerzas hasta el extremo de que se puso en pie de pronto.

Se quedó mirando fijamente a Anne.

—¿Cómo es posible que una mujer tan bonita tenga esa cara de mal genio?

Anne le miró con cierto temor. El atleta se echó a reír estrepitosamente y, cogiéndola por los brazos, la atrajo hacia sí tan fácilmente como habría atraído a una pluma.

—Necesito un beso de tu boca para sacudir la fatiga de mi cuerpo.

Y antes de que Anne pudiera hacer nada para evitarlo, sus labios

sintieron la fuerte presión de la boca salada del marino.

La indignación de Anne fué tan profunda que en un arrebato repentino tuvo fuerzas para empujar al gigante y hacerle caer de nuevo sobre la borda.

Su cabeza chocó fuertemente contra los fierros y allí volvió a quedar el naufrago, aturdido por el golpe.

Anne, asustada, se inclinó sobre él y examinó la oscura cabeza, donde encontró una larga huella de sangre.

El marincro abrió los ojos.

—¿Otra vez aquí? Creí que habría echado a correr.

—Temí haberle matado.

—¿Matarme a mí? De-le luego, tienes más fuerza en los brazos de lo que parece a primera vista. Pero, al fin y al cabo, brazos de mujer.

—Me sabe mal haberle tenido que tratar tan duramente, pero se lo ha merecido usted. ¿Por quién me ha tomado?

—¿Qué haces aquí, entonces?

—Estoy con mi padre, que es el dueño de esta barca.



...pasó al velador que ocupaba la viatrix.



Sólo de verla sintió una pena muy honda.



Debieran unos refresco.



... pasaba grandes ratos respirando con anhelo el aire puro del mar.



...comenzaba a conocer los delicias de las comidas sanas.



— ¿De veras hubiera sentido que se me trepan el mar?



— ¡Maldito veneno!



— ¿Y tú la defiendes?



Melt fué desde entonces un asiduo visitante de la bodega.



Tiró también en una bodega donde.



Pero la atracción que hallaron más divertida fue la de las montañas rusas.



—Ella no es responsable de la conducta de su padre.



— ¿Tú crees que amor es eso maldad?



— ¿Por qué dices eso, hija mía?



— ¡Quisicos!



— Mari, ya es hora de que os entendáis.

—¡Haberlo dicho antes!— exclamó el mocetón limpiándose con la manga la sangre que comenzaba a bañar su frente—. Ahora comprendo. Eres una muchacha decente y yo no soy digno ni siquiera de besar la suela de tus zapatos. Perdóname y seamos amigos.

Y su cabeza volvió a desplomarse pesadamente.

Entonces Anne, asustada, fué a avisar al hombre de la balsa y a su padre para que atendieran al herido.

Lo trasladaron a la cabina. Le volvieron a dejar a solas con Anne después de vendarle la cabeza.

Otra vez le humedeció la joven los labios con whisky y otra vez abrió él los ojos como si despertara de un profundo sueño.

—Es admirable que Dios me haya salvado de la tempestad para traerme a tu lado, criatura.

Había una ruda sinceridad en aquellas palabras que Anne no pudo escuchar sin estremecerse.

—Pero, ahora que caigo, nadie nos ha presentado. Yo soy Matt Barje. ¿Cómo se llama usted?

—Anne Christie.

—Bonito nombre.

—Pero estése quieto. Está usted herido. Ha de reponer las fuerzas perdidas en su lucha con el mar. ¿Llevaba usted mucho tiempo en el agua?

—Desde el amanecer. Ha faltado muy poco para que el baño durase un día completo.

—No haga burla de eso. Puede castigarle Dios.

—Dios no se preocupa de mí, Anne. Créalo. De este rudo marino no se preocupa nadie. Sólo el mar parece tener un especial interés en que sirva de alimento a sus peces, lo cual no es precisamente como para estarle agradecido.

Anne no se daba exacta cuenta de lo que sucedía en su interior, pero era lo cierto que se sentía atraída hacia el naufrago por un misterioso impulso.

¿Acaso no lo merecía Matt? ¿Acaso en su vida pasada de mujer sin hogar había encontrado a un hombre que ni siquiera remotamente pareciera a aquél? ¿Acaso aquella franqueza rudamente infantil y noble no era un don rarísimo en hombres como Matt?

¿Acaso no era una fina y venenosa hipocresía lo que ella había encontrado siempre en su desdichado rodar por el mundo?

Lo mismo le había dado Matt un beso que le había pedido perdón después al darse cuenta de que no era la mujer que se había imaginado.

Se complacía en mirar aquellos ojos profundos en una faz curtida y bajo el cabello revuelto. Le complacía el sentirse mirada fijamente por Matt.

Y como a Matt parecía gustarle más todavía aquel intercambio de miradas, cuando entró el viejo Christie les sorprendió en un coloquio demasiado dulce para tratarse de dos personas que se acababan de conocer.

—¡Muy bonito!—exclamó cruzándose de brazos ante ellos y mirando a Matt—. ¿De modo que así correspondes tú a los que te salvan la vida? Si no te reportas

voy a devolvarte al mar para que se te trague.

—¡Por Dios, padre! No le hables así. El pobre está herido y enfermo.

—¿Y tú le defiendes? Estamos irremisiblemente perdidos. ¡Ya te ha envenenado el corazón ese sinvergüenza!

Matt se levantó de un salto y se le quedó mirando fijamente.

—Mucho cuidado con irse de la lengua. No crea usted que porque estoy herido voy a aguantar sus impertinencias. Aun después de cruzar a nado todos los mares de América, podría destrozarle con una mano solamente.

El viejo Christie se tiró de los cabellos con un gesto de impotencia y de rabia. Comprendía que nada podrían sus viejos músculos contra los de aquel joven gigante. Y comprendía—eso era lo verdaderamente doloroso—que aquel joven gigante le había robado el corazón de su hija.

VII

Matt fué desde entonces un asiduo visitante de la barcaza del viejo Christie, el cual no le recibía todo lo amablemente que Anne hubiera querido.

Un día, al entrar inopinadamente en la casita flotante, vió que Anne estaba dando los últimos puntos a un sweater.

—¿Qué estás haciendo? ¿Para quién es esa prenda?

—Hay cosas que no pueden decirse.

Matt se lo arrebató de las manos con un gesto brusco.

—Si no me dices para quién es, no podrás terminarlo.

—Sólo puedo decirte que es un sweater de hombre.

—Eso ya lo estoy viendo. Pero quiero saber en seguida qué hombre es ese. Y, si no me lo dices, haré el sweater pedazos.

—¡Eh, jovencito!—dijo Christie deteniéndose en el umbral de la cabina. A dar voces te vas en medio del puerto.

—¡Cállate de una vez, gruñón! Matt no tolera imposiciones de nadie.

Y añadió dirigiéndose a Anne:

—Y menos aun burlas. De modo que haz el favor de decirme inmediatamente para qué maldito perro de hombre están trabajando tus manos.

Anne se vió en un verdadero conflicto. Tuvo primero que apa-

ciguar a su padre y convencerle de que continuara sus paseos por la cubierta de la barcaza, y después se vió en el trance de hacer entrar en razón al impetuoso Matt.

—Quieto, Matt—dijo quitándole el sweater de las manos—. No te muevas que quiero ver si está bien de hombros.

Y midió el sweater aplicándolo al pecho de Matt.

—Perfectamente. Cualquiera diría que lo he hecho para ti. Gra-

cias, Matt. Y ahora te voy a decir para quién es el sweater. Es para mi padre.

Pero para que Matt se hubiera creído aquello habría tenido que ser tonto de remate.

—Lo has hecho para mí, Anne—exclamó alegremente—, y lo luciré mañana contigo en la ciudad.

—No pienso ir a ninguna parte mañana.

—Eso lo veremos—dijo Matt con una sonrisa retadora.

\* \* \*

Al día siguiente, Anne fué con Matt a la ciudad y estuvieron en el parque de atracciones.

Anne fué feliz como si por primera vez tuviera un novio y bailara con él a solas. Pero, fuera o no el primer novio, ¿no era acaso el primer hombre que había amado?

Era como la niña que despertaba a los misterios del amor y se sentía turbada por deliciosas emociones al ver al lado de su cabeza el hombre formidable de su acompañante.

Acaso su carne no pudiera tener un despertar absoluto, pero estaba bien segura de que su alma experimentaba por primera vez aquello tan hermoso que Matt llamaba amor, aunque también el

amor verdadero era un misterio para él.

Matt se detuvo ante un aparato que consistía en un gran frasco de cristal lleno a medias de un líquido rojo y en comunicación con una larga goma que un hombre ofrecía a todo el que pasaba, diciendo:

—Pruebe usted la fuerza de sus pulmones.

Matt preguntó al hombre que sujetaba la goma:

—¿En qué consiste ese juego?

—Hay que soplar hasta que el líquido que hay en el depósito suba y llene el frasco completamente. Conseguido esto, suena una campana y se obsequia al cliente con un bonito regalo.

Matt empuñó la goma, la apli-

có a sus labios y sopló hasta llenar la botella del líquido rojo. Todavía le sobearon pulmones para mantener así el líquido durante medio minuto, tiempo en que la campanilla, sin cesar de tocar, atrajo alrededor del héroe a una multitud de curiosos.

Escogió el regalo más voluminoso y pasaron al popular juego de la maza.

Bajo los brazos férreos de Matt la bolita subió por tres veces hasta la campana, lo que le valió otro regalo y una ovación de la multitud de admiradores que estaban dispuestos a seguirles por todo el parque, masa que estaba formada especialmente por gente menuda.

Tiró también, aunque sin acertar, en una barraca donde dos señoritas permanecían acostadas en sendos lechos. Del fracaso tuvieron la culpa los nervios del mari-

no, que las muchachas se cuidaron de exacerbar con sus carcajadas burfonas.

Pero la atracción que hallaron más divertida fué la de las montañas rusas.

Allí sintieron la fuerte emoción de un doble vértigo: el de los rápidos descensos y el de sentir sus cuerpos en estrecho contacto.

Matt, instintivamente y sin intención ninguna, rodeó con su fuerte brazo el talle de Anne, que se sintió transportada a un paraíso de felicidad.

Otros brazos habían rodeado su talle, pero aquella presión había sido odiosa y baja. Esta, en cambio, era suave, respetuosa, dulce, abrazo protector de amigo, caricia reverente de novio.

Jamás olvidaría Anne los sentimientos que florecieron en su alma.

VIII

Se sentaron a descansar.

Una bulliciosa multitud llenaba el restaurante al aire libre que habían elegido.

En el centro formaban las mesas una rotonda donde la gente bailaba, al compás de una orquesta de jazz-band que si no era un modelo en la ejecución de los bailarines, metía más ruido que diez orquestas juntas.

Pidió Matt cerveza y Anne un refresco.

Charlaron alegremente. Pero el que sin duda estaba más contento de los dos era Matt, pues cantaba, gritaba y reía como un chicle.

Anne le llamó al orden cariñosamente, pero Matt contestó:

—Cuando se está enamorado se pierde la seriedad.

Y como le pareciera sorprender en los ojos de Anne una sonrisa de incredulidad, añadió:

—¿Es que vas a dudarlo? ¿Para qué me sirve, pues, llevar el amor en los ojos? ¿O es que no lo sabes ver porque estás ciega... ciega de amor por mí?... Anne, yo sé demasiado de las mujeres de todas las razas y de todas las latitudes. Pero esas mujeres no tienen nada que ver contigo, que eres buena y pura. Mujeres como tú no he tratado ninguna en ningún

puerto. Por eso a ninguna he amado. Por eso es esta la primera vez que siento el amor.

Anne escuchábale embelesada, como sumida en un delicioso sueño

hipnótico. Y la alegre música del jazz-band repercutía alegremente en su adormecido corazón.

¡Oh, si ella hubiera tenido a tiempo un amor así!



Los ojos de Anne encontraron de pronto otros ojos que la miraban y le produjeron una tremenda turbación.

Era Marthy, Marthy, que la había visto y se dirigía hacia ella, tambaleándose como de costumbre por exceso de libaciones.

—¡Hola, querida! ¿Qué tal te va desde que nos encontramos por primera vez?

—No recuerdo haberme encontrado con usted jamás. No la conozco—dijo Anne mirando a Matt con inquietud.

—¿Tendrás valor de decir?...

Pero Matt no la dejó acabar.

—¡Lejos de aquí, vieja pécora,

si no quieres que te rompa un hueso! ¿Dónde has visto que una muchacha decente se reúna con la escoria de los puertos?

Marthy soltó una de sus carcajadas y se sentó al lado de Anne.

—Inocente muchacha, pura como los ángeles del cielo...—exclamó irónicamente.

Matt se levantó decidido a cumplir su promesa de romperle un hueso, pero Anne se interpuso.

Su alma había aprendido a ser noble y ya no podía aceptar la mentira.

—Déjala, Matt. ¿No ves que no se da cuenta de lo que dice?

—Pues que se vaya a otra par-

te donde no moleste tanto el olor de su boca desdentada.

—Déjala, Matt. Ella me conoce y yo la conozco a ella.

Matt las miró a las dos muy sorprendido. Anne tenía la cabeza baja. Marthy había cesado de reír, comprendiendo, en el fondo de su mente perturbada por los vapores de la embriaguez, que acababa de causar un gran daño a la hija del que varias veces había sido su compañero de vivir cotidiano y de bebida más cotidiana aun.

—Ella no es responsable de la conducta de su padre—explicó a Matt para disculparla—. Yo vivía en la barcaza cuando ella vino, pero me marché porque una mujer como yo no debe permanecer junto a una buena muchacha como ella.

—¡Naturalmente! Por eso debes marcharte en seguida.

—¡Bueno, hombre, bueno! Ya me voy. Sólo he venido para verte la cara, para saber quién era el novio de esta inocente criatura. Trátala bien, aprovecha la ocasión, no la dejes escapar. Mujeres como ésta no se encuentran en el mundo.

Y se marchó tropezando con todas las sillas y mesas que encontraba a su paso.

Pero al semblante de Anne ya no volvió la alegría, no podría volver en toda la noche.

—Matt, si yo te dijera...

Se detuvo.

¿Qué iba a decir? ¿Qué iba a hacer? Echar por el suelo en un instante toda la felicidad que tanto le había costado encontrar en su duro camino? ¿Qué mujer sería capaz de hacer eso sin antes pensarlo mucho?

—¿Qué, Anne? ¿Qué querías decirme?...

—No, nada.

—¿A que lo adivino!

—Tal vez—repuso la joven, segura de que los pensamientos de Matt andaban muy lejos de la verdad terrible.

—Pues íbas a decirme que me amas y que accedes a casarte conmigo.

Anne se estremeció. ¿Casarse? ¿Podía ella casarse? ¿Podía ella, después de lo ocurrido en Minnesota, soñar que un hombre haría-

do le dirigiera aquellas palabras?

—¿Qué dices, Matt? ¿De veras serías capaz de casarte conmigo?

—¡Naturalmente! ¿Y nos casaríamos! ¿Por qué no nos hemos de casar si nos amamos?

Aquello era demasiado fuerte para Anne.

Emociones encontradas la destrozaban interiormente. Por una

parte la llenaba de felicidad la proposición de Matt, pues con ello demostraba que la amaba de veras. Por otra, sentía la amargura y el horror de tener que confesarle toda la verdad, a tiempo para evitar males mayores.

Se sintió enferma.

—Vamos, vamos a casa.

Y allí terminó la alegría de aquel día memorable.

## IX

—¿Tú crees que unas a ese marino, Anne?

El viejo Christie había hecho esta pregunta temerósamente, como si presintiera una respuesta contraria a sus deseos.

Pero he aquí que Anne permaneció muda e inmóvil, con la mirada fija en el tabique de madera y el pensamiento perdido en misteriosas lejanías.

—¿Piensas casarte con él?—preguntó entonces el padre.

Lo que vio le llenó de alegría. Anne movía la cabeza negativamente.

—¡Bravo, Anne! Las mujeres que se casan con los marineros son siempre desgraciadas. Si tu madre viviera me daría la razón.

—No es mi desgracia lo que temo, padre. Es la suya.

Y dicho esto salió con paso lento a la cubierta de la barcaza y se sentó en la barca.

Christie, confundido, la siguió.

—¿Por qué dices eso, hija mía?

—Por nada, padre. Déjame sola. Me voy a la proa a ver pasar los barcos. Si viene Matt dile dónde estoy.

\*\*\*

Matt no tardó en llegar.

Llevaba un traje nuevo y parecía más contento que de costumbre.

—¡Que Dios bendiga los habitantes de esta casa!—exclamó a modo de saludo.

Christie contestó con un gruñido.

—¿Dónde está Anne?—preguntó en seguida Matt.

—No sé. Por ahí fuera andaba.

—Voy a buscarla, pero antes he de advertirle que tengo el propósito de casarme con ella hoy mismo, con su consentimiento o sin él.

El viejo Christie se revolvió iracundo.

—¡No quiero que Anne se case! He pasado quince años sin verla y no quiero perderla otra vez. Luego te embarcarás y dejarás a mi Anne sola. Un marino no es hombre para casarse sino para tener una novia en cada puerto.

Pero Matt no era de los que cambian fácilmente de pensar.

—A todos los hombres, sean de mar o de tierra, les llega su momento. Se enamoran de una muchacha decente y quieren tener un hogar y unos hijos... Yo no podría vivir ya sin Anne.

—Jamás había oído hablar así a un marino. Los barcos antes eran barcos de verdad con marineros ver-

daderos. Ahora sois fogoneros o pinches de cocina, pero de marinos no tenéis ni siquiera lo que cabe en la punta de una aguja.

—Ríase. No me importa. Después de todo se está usted riendo de una persona de su familia.

La frialdad con que Matt hablaba acabó con la paciencia de Christie, que veía en aquel mocetón el hombre que habría de robarle a su hija sin que nadie lo pudiera detener.

Estaba Matt sentado y de espaldas a él. Era una buena ocasión para atacarle con probabilidades de éxito. La convicción de su impotencia y la creencia de que Anne no sabría resistirse a las palabras de Matt, lo que daría lugar a una separación inminente, le había puesto una venda en los ojos.

Lentamente se llevó la mano al bolsillo y empuñó la navaja.

Levantó el brazo, pero antes de que hubiera podido dejarlo caer, ya lo había asido Matt por una muñeca.

El viejo Christie profirió un grito y dejó caer la navaja al suelo.

Entró Anne, asustada.

—¿Qué sucede?

—Nada, Anne—repuso Matt—. Le estaba diciendo a tu padre que te amo y bien sabe Dios que es verdad. Y él no quiere que lo diga. Y para que no lo volviera a decir ha intentado herirme por la espalda. Yo me he limitado a sujetarle el brazo para que no me hiriera.

—¡Basta de riñas! No quiero que se vuelva a reñir aquí. ¿Somos personas o somos fieras?

—Anne, yo haré lo que tú me digas con tal de que me ames.

—Bien sabes que te amo de veras, Matt, pero una vez más voy a demostrártelo.

Y le echó los brazos al cuello y le ofreció sus labios que Matt besó avaramente.

Después del beso y cuando más profunda era la alegría de Matt, Anne pronunció estas palabras desconcertantes.

—Ahora vete, Matt. Adiós para siempre.

Matt quedó estupefacto.

—¿Marcharme, Anne? ¿No acabas de decirme que me quieres?

—Sí—dijo alegremente el viejo

Christie—. Ha dicho que te quiere, pero no que vaya a casarse contigo.

—Así es, Matt. No he dicho que vaya a casarme contigo y no lo diré. El beso que acabo de darte ha sido un beso de despedida.

—¿Pero qué significa esto, Anne? ¿Te estás burlando de mí?

—No me burlo, Matt. Es, sencillamente, que no puedo casarme contigo. Toda la semana, día y noche, estoy pensando en ello. Es muy duro para mí, Matt, que te amo de veras, pero así ha de ser.

—¡Oh, Anne! ¡Acabaré por volverme loco! Si nos amamos, ¿qué demonio puede impedir nuestra boda?

—Yo te lo diré por ella, Matt. Anne ha escuchado mis consejos y sabe que sería desgraciada contigo.

Estas palabras acabaron de exasperar a Matt que se abalanzó sobre Christie. Este, para defenderse echó mano de una silla y Anne tuvo que interponerse.

—¡Quietos! ¿Es que os habéis empeñado en que os odie a los dos? Sentaos. Escuchadme... Existe una grave razón para que no me case

contigo, Matt, que no tiene nada que ver con el temor de no ser feliz en el matrimonio. Probablemente seríamos muy felices porque nos amamos mucho, pero... ¡no puede ser!

—¿Qué razón ni qué zambomba!—exclamó Matt—. Lo principal es que me ames. Si me amas, nada podrá hacerme cambiar de opinión. Vete a tu cuarto y vístete en seguida para marcharnos. Nos casaremos ahora mismo.

—Anne no saldrá de aquí porque yo le mando que se quede.

—De hoy en adelante es a mí y a nadie más, a quien Anne ha de obedecer.

—¡Basta!—gritó Anne con una mezcla de angustia e indignación—. Os habéis creído que soy un mueble? Voy a hacerlos cambiar de ideas a los dos inmediatamente. Tú, Matt, quieres dominarme, pero yo te digo que nadie manda en mí. No te necesito para vivir, ni a ti ni a nadie. Creo que bien lo he demostrado en los años en que he tenido que luchar sola contra la vida. Me basto yo sola para decidir lo que he de hacer.

Hablaba nerviosamente, con una irritación que no era sólo contra Matt y contra su padre, sino también contra sí misma y contra todo.

—Ese lenguaje — le reprochó Matt—no es propio de una muchacha decente.

Anne se echó a reir. Extraña risa en la que apuntaba el llanto, risa que era grito de desesperación.

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo soy una muchacha decente?

Matt y Christie dirigieron a Anne una mirada llena de horror y de sorpresa.

En el semblante del viejo había una expresión de miedo, de miedo a escuchar lo que sospechaba que Anne iba a decir. En el de Matt se reflejaba la furia de una asoladora tempestad interior.

Una sonrisa sarcástica torcía la boca de Anne.

—Sí, soy muy diferente a como vosotros me habéis imaginado.

Y añadió encarándose con su padre:

—¿Recuerdas que en mis cartas te decía que era una esclava de mis

primos? ¿Recuerdas que tú no hacías caso de esto? Pues bien, uno de mis tiranos, uno de mis primos llegó con su esclava, conmigo, a la mayor de las ignominias... Yo le odiaba y le repudiaba, pero ¿qué le importaba esto a él? El no quería para nada mi corazón; quería mi cuerpo.

El puño de Matt se cerró sobre la mesa. El viejo dirigió a la muchacha una mirada de perro fiel que espera atemorizado el castigo.

—Me sorprendió una noche sola en casa. Me defendí con todas mis fuerzas, pero él era un hombreón alto y fuerte como un roble y me venció sin dificultad.

Una pausa en la que se oyó el jadeo de la respiración de Matt, como un soplo de viento de tormenta.

—La idea de matar apareció clara y precisa en mi mente. Pero cuando tenía el cuchillo en la mano comprendí que no tendría valor para matar a nadie, por malo que fuera. Y, en vez de vengarme, hui con mi humillación lejos de aquella maldita casa. Entré al servicio de otra familia cuya distinción me

inspiró confianza. Pero también en aquella familia había hombres... ¡Hombres!... Mis peores enemigos. Me acosaron, me persiguieron. Era horrible. Huía de casa en casa, de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, buscando el refugio con que soñaba, para recluirme y vivir en paz con mi trabajo y con mi vergüenza. Pero ¡ah! eso sólo lo podría hacer cuando tuviera cuarenta años. Entonces sólo tenía dieciocho y la juventud sonreía en mi cuerpo. Era mi carne lozana el manjar predilecto de los hombres-fieras.

Se detuvo. Se echó a reír desgarradoramente.

—¿No querías que viviera en tierra firme? Pues ahí tienes los resultados. ¿Crees que habría sido lo que soy de haber estado a tu lado siempre?—le gritó a su padre.

—¡Perdón, Anne, perdón!—musitó el viejo con voz empañada por la angustia.

—¿Perdón por eso? Entonces, ¿qué me pedirás cuando sepas lo que fué mi vida en los dos años últimos? ¿Sabes lo que ha sido mi

vida en este tiempo? Lo voy a decir; os lo voy a decir a los dos, porque a ti, Matt, te interesa también mucho saberlo... Ni más ni menos que una de esas novias que tú has ido dejando en cada puerto.

Matt la miraba ferozmente. Hubiera querido tener delante un león para despedazarlo o ser despedazado por él. Sus dos puños descansaban cerrados sobre la mesa y todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión.

Pero Anne permaneció indiferente ante esta mirada.

—Ahora quiero decirte una cosa, Matt. Cuando te conocí me di cuenta de que tú eras distinto a los demás hombres. El aire del mar, la paz de esta vida honrada ha dado a mi espíritu lo que necesitaba y me siento otra mujer distinta. La verdad de este cambio está demostrada por lo que he hecho. Amándote con toda mi alma y siendo tu amor más que nada en el mundo para mí, he pronunciado las palabras precisas para perderte. Todo antes que engañarte. Ahora voy a buscar el consuelo del whisky.

Matt se levantó. Le parecía haber sometido a sus músculos al trabajo más violento que pudiera hacer durante toda su vida de marino.

Mirándola fijamente, le escupió estas palabras:

—Tú vas a buscar whisky. Yo

también. Quiero borrar de mis labios el maldito sabor de tus besos. Después me embarcaré en el buque que vaya más lejos, allí donde no pueda verte otra vez.

Y sus pasos hacían crujir las tablas de la cubierta cuando se alejaba para siempre...

## X

Se dejó llevar por sus pies y así, sin rumbo fijo, aniluvo durante horas y horas.

Por fin, rendido a fuerza de andar y de cavilar, entró en un cochitril de un barrio extremo y allí estuvo bebiendo hasta que le despidieron para cerrar.

El whisky le había quitado el sabor de los besos de Anne, como era su propósito, pero no había logrado borrar con él su imagen, que aparecía con sonrisa seráfica entre la turbia niebla que el alcohol ponía en su mente.

No fué a su habitación aquella noche. ¿Para qué, si estaba seguro de no poder conciliar el sueño?

A la mañana siguiente se encontró frente a las oficinas de una compañía de vapores y entró a pedir le dieran un puesto en la tripulación del que partiera antes y fuera más lejos.

Como era un marino excelente, fué admitido, y, un poco tranquilizado por la seguridad de que iba a marchar adonde no pudiera ver a Anne, entró en otro cochitril donde pasó la mañana bebiendo.

Por la tarde salió de allí y echó a andar con paso acelerado, de fuga, pues la imagen de Anne le perseguía y le torturaba.

Le torturaba porque, aun después de saber todo lo que sabía de

ella, no se le aparecía como una mujer mala, sino como el ángel candoroso que vió en ella en un principio.

Aquella mirada... aquella sonrisa...

¡Estaba tan seguro de que Anne le amaba con amor grande y verdadero! ¡Estaba tan seguro de que en las palabras, en las miradas y en los besos que de ella había obtenido no había el menor vestigio del ceno de su vida pasada!

Si Anne fuera una mujer mala

él la habría alejado de su imaginación fácilmente, pues todo su amor hacia ella se habría convertido en desprecio y en odio. Pero no, no era Anne una mujer mala. La mujer que él había conocido era toda bondad, amor y pureza y así se le aparecía en aquellas obsesiones de que en vano trataba de librarse.

¿Cuándo partiría el buque que había de llevarlo muy lejos?

Pero ¿acaso deseaba que llegase el momento de la partida?

\* \* \*

Anne pasaba automáticamente por la cubierta de la barcaza.

Mintió al haber dicho que buscaría consuelo en el whisky.

Ni siquiera para eso, para librarse de la tortura que para ella representaba el recuerdo de Matt, quiso volver a probar el veneno de sus días de perdición.

No dormía, no veía el menor resquicio por donde salir del negro recinto de su calvario, pero estaba resuelta a afrontar el dolor valientemente y a morir si el dolor la rendía.

El viejo Christie se acercó a ella. Sufría tanto o más que Anne.

—¿Me podrás perdonar algún día?—imploró.

—Ya te he perdonado, padre.

—¿De veras, Anne?

Con sus manos trémulas cogió las de su hija y las besó.

Ella las retiró y rodeó los viejos hombros con su brazo.

—La culpa no fué tuya. Tú creías que en tierra firme estaría mejor y allí me retenías por encima de todo. Tampoco ha sido mía la culpa. Yo luché por no caer por la pendiente, pero mis débiles manos se desgarraron en la caída y rodé al fondo, impotente para evitarlo. Es la vida la que me ha empujado al abismo y la misma vida me sacó después a la esperanza para dejarme caer cuando comenzaba a conocer la felicidad. No importa. Te aseguro que si la dicha se fué, la paz y la luz quedarán

en mi alma porque tengo sed de redención y de pureza.

—¡Oh, Anne! Qué feliz me haces al hablarme así. Tengo un proyecto que puede ser la salvación definitiva, Anne. Me han ofrecido el mando de un buque que sale mañana para Capetown. Aceptaré y

vendrás conmigo. Será una vida nueva. Los dos trabajaremos y los dos nos ayudaremos a olvidar. ¿Qué te parece?

—Bien. Es una buena idea. El cambio de ambiente es un remedio seguro para todas las enfermedades.

## XI

La puerta se abrió de pronto y apareció Matt.

Estaba desfigurado. Una oscura barba de varios días cubría su rostro y sus ojos flameaban de fiebre y cansancio.

Sus ropas estaban destrozadas, sin duda a causa de altercados sostenidos en las tabernas.

Christie y Anne le miraron sorprendidos.

—¿A qué has venido?—preguntó Anne con tono de reproche.

—¿Acaso lo sé yo? Iba huyendo de tu recuerdo y mis pasos me han traído hacia aquí.

—No quiero verte. Créi que ten-

drias valor para marcharte muy lejos sin torturarme de nuevo con tu presencia.

—Lo haré. Mañana partiré en el "Londonderry", que se dirige al fin de Africa, a Capetown. Y allí estoy seguro... ¡No, no estoy seguro de nada! Allí como aquí, y en el infierno como en el cielo, tu imagen me perseguirá para amargar todos los minutos de mi vida.

Guardó silencio un instante y de pronto descargó su puño contra la mesa.

—¡Ea, se acabó! Me estoy engañando a mí mismo. ¡He venido

a decirte que si pudiera saber que a nadie has amado como me amas a mí, podría perdonarte!

Anne se estremeció. Una lágrima de alegría asomó a sus ojos.

—¡Oh, Matt! ¿Cómo podré demostrarte que hasta que te conocí los hombres sólo tuvieron mi desprecio y mi odio? ¿Qué haré para que me creas?

—Voy a decírtelo, Anne.

Y añadió, sacando del pecho una cruz que pendía de una cinta.

—Esta cruz fué de mi madre y

ella, desde el cielo, estará presente en tu juramento. Pon la mano sobre ella y di que no has amado a nadie más que a mí.

—Sí, Matt. Y que la ira del cielo caiga sobre mí si miento.

Puso su mano sobre la cruz y juró con palabras que parecían salir de su corazón.

Entonces Matt se guardó la cruz con un movimiento rápido y atrajo hacia sí el cuerpo de Anne.

—¡Anne, amor mío! ¡Acabas de darme la vida!

\*\*\*

—Antes de partir mañana, nos casaremos.

—No hace falta—gruñó Christie—. Anne se embarcará también.

—¿Para qué?

—Para acompañarme. Yo seré el capitán del "Londonderry".

—¿Tú? Entonces voy a rescindir mi compromiso. Me dedicaría a barrer las calles antes que trabajar a tus órdenes.

Pero Anne intervino.

—Matt, ya es hora de que os entendáis. Hacedlo por mí. Así nada enturbiará la paz de nuestra vida.

Sacó, por primera vez después de mucho tiempo, la botella de whisky y llenó dos copas.

—Vamos, brindad por vuestra cordialidad eterna.

Los dos obedecieron.

Después se dieron la mano.

—En el fondo—dijo Christie—yo estoy agradecido a ti porque amas a Anne.

—Lo mismo me pasa a mí, viejo gruñón.

—Y ahora—dijo Anne—escuchad mi proyecto. Marchaos los dos en el "Londonderry". Yo buscaré una casita en tierra firme y os prepararé un apacible hogar para vuestro regreso.

Fue aceptada la idea. ¿Cómo no la habían de aceptar si venía de Anne?

\*\*\*

Y se casaron aquel mismo día.

Todo sucedió a medida de los deseos de Anne. Al día siguiente partió el "Londonderry" y el capitán y el marinero vieron durante largo rato como el pañuelo de Anne les decía adiós en el muelle.

Jamás habían sentido, ni el viejo ni Matt, una emoción semejante al salir de un puerto en su larga carrera de marinos, porque jamás habían dejado en el muelle, uno a su hija el otro a su esposa.

Encontró Anne la linda casita y

la arregló de modo que fuera digna de la paz y de la alegría que había de respirarse en ella cuando el padre y el esposo regresaran.

Y pasaron los meses y volvieron Matt y el viejo Christie, para hallar, después del largo viaje, las delicias de una vida de paz, contento y descanso.

Así sucedería siempre, en todos los viajes, hasta que un nuevo y pequeño ser viniera a completar la familia y la dicha que para Anne, Matt y el viejo Christie había comenzado.

A N N E C H R I S T I E

Había muerto aquella Anne que vagó por el fudo perseguida por la fatalidad y había nacido una Anne nueva, purificada y ennoblecida por el amor de esposa y de madre...

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.  
Barcelona: Barbadó, 16. — Madrid: Ferraz, 21.

# COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de  
**La Novela Semanal Cinematográfica**

## LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Diablo.—Miguel Strogoff o El Carreo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantán, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zará.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desueta.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Besa Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de indus.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacena.—El Capitán Sorell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Anna Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuanto hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Opera.—Don Ali.—Los Cuatro Diablos.—Río, payaso, río.—Volga, Volga.—La Sinfonía Patriótica.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!—La ruta de Singapur.—La Ancla.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copia nocturna.—Las ensueñas.—Leones.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgines modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Españoles.—Evangelios.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egipcio.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalga.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Cerro.—Las dos huérfanas.—La Caeión de la Egipto.—El padre de un beso.—La raposía del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barco.—Estrellados.—Cuatro de infancia.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen! Pelin.—El preñida.—Romanor.—El gran charco.—Timpstad.—El Dios del Mar.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



La maravillosa novela

# SEVILLA DE MIS AMORES

por **Ramón Novarro** y **Conchita Montenegro**

Asunto totalmente hablado en español

Canciones por **RAMÓN NOVARRO**

Bellísimas ilustraciones en el texto

Precio de la novela completa (300,000 letras) **1 peseta**

**¡Ediciones Bistagne publica siempre lo mejor entre lo mejor!**

**Números publicados de gran éxito:**

**EL PRECIO DE UN BESO**

por José Mojica y Mona Maris  
(6 ediciones)

**DEL MISMO BARRO**

por Mona Maris y Juan Torera  
(8 ediciones)

**LADRÓN DE AMOR**

por José Mojica y Mona Maris  
(2 ediciones)

**EL VALIENTE**

por Juan Torera  
(2 ediciones)

**EL PRESIDIO**

por José Crespo  
(3 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

**ROMANCE**

por Greta Garbo y Lewis Stone

**EL GRAN CHARCO**


por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

**TEMPESTAD**

por John Barrymore y Camilla Horn

**EL DIOS DEL MAR**

por Ramón Pereda y Rosita Moreno



## Acontecimiento:

A petición de nuestros queridos lectores, muy en breve aparecerá la 7.<sup>a</sup> edición de la formidable novela de la  
METRO-GOLDWYN-MAYER

# BEN-HUR

La novela íntegra, tal como se publicó en la primera edición a 1'50 ptas., con las mejores ilustraciones de la película y la misma portada, al precio popular de **UNA peseta**, a fin de que dicha novela, tan amena y moral, no falte en ninguna biblioteca.

Hágase reservar desde ahora por su librero esta novela

# BEN-HUR

por **Ramón Novarro**  
y **May Mac Avoy**

Al éxito indiscutible de las **Biografías** y **colección de 6 postales** de

**José Mojica**  
**Maurice Chevalier**  
y **Greta Garbo**

seguirá esta semana la del famoso actor

**Ramón Novarro**

Numerosas fotografías - Curiosas anécdotas

¿Con quién se casará Ramón Novarro?

Postal con autógrafo. Lujosa portada

**Precio: 50 céntimos**

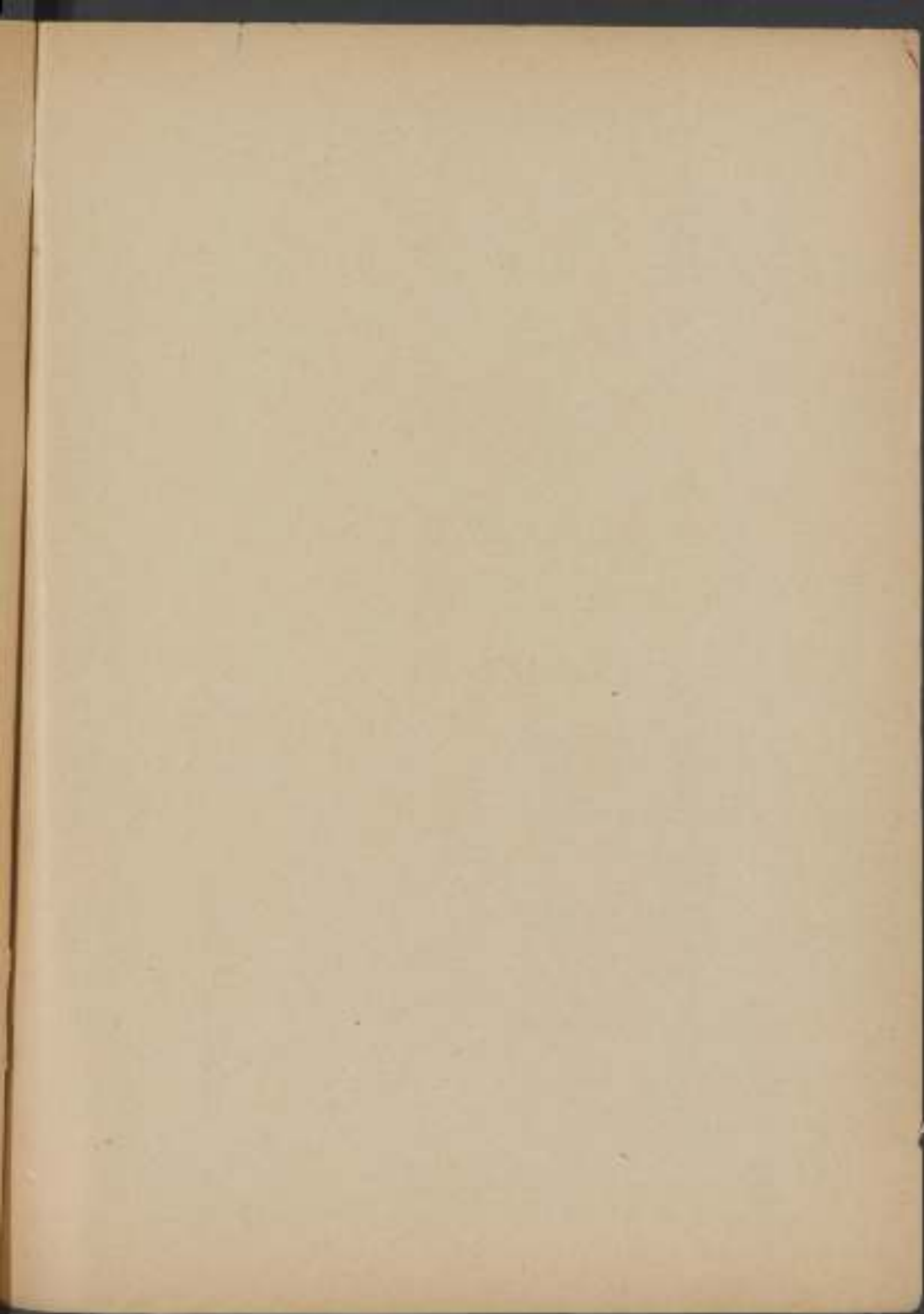
y la **colección de 6 postales** de

**Juan Torena**

en otras tantas escenas de amor. Véalas y no dejará de adquirirlas.

**Precio: 30 céntimos**







8

**Precio: Una peseta**